



Miedo global^{1,2}

GUSTAVO LINS RIBEIRO

La pandemia del coronavirus abre una nueva clase de miedo global. No es que antes no hubiera angustias, pánicos y temores globales. Pero, como la globalización es un proceso histórico que se vuelve cada vez más agudo, es de esperar que el último temor global sea más intenso y complejo que los demás. ¿A qué llamo miedo global? Ofrezco una definición de trabajo: es todo el miedo totalizador que sienten todos los habitantes de un colectivo con la expectativa de una enorme cantidad de muertes que potencialmente o de hecho afectarán a todos y terminarán con el mundo tal como se conocía hasta un determinado momento. Lo defino así para, de manera amplia, poder incluir algunos miedos colectivos, sin ninguna intención de agotar los ejemplos, que, aunque no planetarios, ciertamente incluyeron el sentimiento de fin del mundo, en una especie de arqueología de esa terrible sensación, un verdadero hecho social total, como diría el antropólogo francés Marcel Mauss, que condensa cuestiones fisiológicas, biológicas, psicológicas, culturales, políticas, económicas, sociales y científicas.

- 1 Agradezco a Claudia Zamorano Villareal del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS-CDMX) por hacerme pensar en el tema.
- 2 Una versión más corta se publicó en el diario *El Universal* de México, el 03/04/2020, en la sección Opinión. Se publica una edición más ampliada con autorización del autor. Consultado en: <https://www.eluniversal.com.mx/opinion/gustavo-lins-ribeiro/miedo-global>.

Comienzo con dos ejemplos rápidos y relacionados. El primero fue una de las epidemias más graves en la historia de la humanidad que ocurrió justo en los momentos iniciales del sistema mundial y diezmó un mundo entero, lo que se habría de conocer como el Nuevo Mundo. Las primeras décadas de colonialismo en las Américas, especialmente en la llamada Mesoamérica por su densidad de población, fueron responsables de uno de los peores desastres demográficos en la historia humana. Millones de personas murieron debido a enfermedades provocadas por los conquistadores. No es posible atribuir la debacle del mundo imperial azteca solo a enfermedades, pero tampoco se puede hablar de ello sin considerarlas. Estamos ante un proceso de contaminación que se ha prolongado y persiste, con menos intensidad, por supuesto, incluso hoy, en diferentes países de América del Sur y Asia. El segundo ejemplo nos lleva a la Amazonia profunda. ¿Cuántas aldeas indígenas han sido destruidas por la gripe? En la década de 1950, Darcy Ribeiro, un antropólogo brasileño, denunció la guerra bacteriológica que libraron los granjeros que arrojaban de aviones cobijas infectadas en aldeas aisladas. Aquí, la «caída del cielo», como dirían los yanomamis en su distopía, fue terrible y podemos pensar en la agonía y la angustia que sufrieron las personas al ver su mundo desaparecer sin piedad.

MIEDOS GLOBALES/PLANETARIOS

Después de saltos históricos y geográficos algo arbitrarios, me dedico a los ejemplos más típicos de miedos globales. Ellos suponen la operación eficiente de la compresión espacio-tiempo, la noción inventada por el geógrafo inglés David Harvey en 1989. Estamos hablando del achicamiento del mundo causado por el desarrollo de las industrias de comunicación y transporte en los últimos 250 años (aproximadamente). Es posible, que los investigadores de las epidemias me corrijan, que el primer miedo global fue producido por la gripe española, una pandemia ocurrida en 1918, que infectó a 500 millones de personas, más o menos una cuarta parte de la población mundial de aquel entonces, matando a unos 50 millones o más. Debido a la intensificación de la com-

presión del espacio-tiempo (es suficiente con recordar el esfuerzo actual para controlar aviones y aeropuertos), el período del siglo XX en adelante ha sido rico en miedos globales causados por epidemias. Con la gripe española, el SIDA y el ébola, por nombrar algunos, los virus están indicando nuestra fragilidad como especie.

Pero no todos los temores mundiales se deben a enfermedades que se propagan con gran velocidad y, al menos en sus primeros momentos, de manera incontrolable. Quiero creer que las primeras bombas atómicas lanzadas, en 1945, por la Fuerza Aérea estadounidense en Hiroshima y Nagasaki causaron un nuevo tipo de miedo global que terminó convirtiéndose en el miedo a la capacidad humana de destruir el planeta a través de la guerra. El miedo generado por los arsenales nucleares durante la Guerra Fría después de la Segunda Guerra Mundial desencadenó escenarios distópicos de invierno nuclear con la consiguiente desaparición de la humanidad. Curiosamente, en la actual era de posguerra fría, vivimos otro escenario distópico, con temperaturas invertidas: la del calentamiento global y la del antropoceno que también causan temores globales sobre el destino de la humanidad. Esta vez, lo que está en juego es la sociedad capitalista industrial y consumista con su forma de vida que impacta la sostenibilidad a escala planetaria.

¿PARA QUÉ SIRVEN LOS MIEDOS GLOBALES?

Para muchas cosas. No podré explorarlas todas aquí. No quiero recurrir a una explicación totalmente foucaultiana apelando a una especie de biopolítica global. En cualquier caso, la guerra híbrida que el coronavirus está causando entre los Estados Unidos, el poder imperialista en declive, y China, el poder imperialista en ascenso, llama la atención. También son interesantes las diferentes indignaciones hechas por los gobiernos a la derecha o a la izquierda. Los casos de Brasil y Estados Unidos ilustran a los primeros y Argentina, con la respuesta ejemplar del nuevo gobierno, ilustra a los segundos. En cualquier caso, está claro el poder que se transfiere a los Estados y sus élites para intervenir masivamente en todas las áreas de la vida, incluido el derecho a vivir, como se ve en Italia

con los dilemas que enfrentan los médicos sobre a quién salvar. Se aprovecha la oportunidad para establecer un aparato militar para el control y la vigilancia de las poblaciones, los toques de queda, los controles de circulación y del derecho de reunión. Sin el derecho a manifestaciones masivas, Chile, por ejemplo, sufrió una gran inflexión del movimiento político desatado por su población contra el neoliberalismo. En Brasil, el gobierno de ultraderecha aprovecha para aprobar decretos que son aún más perjudiciales para los más vulnerables, al tiempo que beneficia al gran capital financiero.

La pandemia del coronavirus es la primera que vivimos en el tiempo *online*. El internet multiplica la capacidad de comunicación capilar y al mismo tiempo proporciona una conciencia glocal. También crea una espera y una paranoia con la expectativa de que la gran cantidad de enfermos y muertos, supuestamente definidos de manera milimétrica diariamente, no lleguen con la misma intensidad a los lugares donde vivimos. Nos enfrentamos a otra potencialización de lo que llamé, en 2003, el espacio público-virtual. Estamos comprobando que el aislamiento (el peor castigo, sin contar la tortura y la muerte, que puede infligirse a una persona) nos lleva a comprender la necesidad de contactos sociales, aunque virtuales, sin los cuales no podemos vivir. De todas maneras, es necesario ver estadísticas sobre la cantidad de usuarios de WhatsApp y Skype en los diferentes períodos de cuarentena. Una vez más, la importancia que el espacio público-virtual ha adquirido es fuertemente revelada.

El coronavirus debería servir para enseñarnos lecciones que, es probable, las élites políticas y económicas, con algunas posibles excepciones, irán a olvidar rápidamente después del evento crítico actual. Primera lección: la interdependencia de la vida social humana, más evidente en las ciudades, exige concepciones políticas que van mucho más allá del individualismo y de las políticas neoliberales que destruyen los servicios públicos. Exige, en particular, el fortalecimiento de la salud y la educación públicas como partes estratégicas de la red de seguridad necesaria para todos y no solo para los menos privilegiados, como se suele pensar. Segunda lección: en un momento en que hay grupos políticamente activos, algunos con poder, que alaban la ignorancia anticientífica y an-

tiintelectualista, la expectativa de devastación mortal en todo el planeta reafirma la importancia y la autoridad de la ciencia como un medio de comprensión, producción de conocimiento e intervención, a pesar de la persistencia de algunos núcleos oscurantistas que resisten a cualquier evidencia. La tercera lección se refiere a la existencia de un vínculo claro entre pandemias y destrucción ambiental. Los virus están migrando de animales a humanos. Son animales que han sido hospederos de patógenos para los cuales no tenemos la inmunidad adecuada. Con la intrusión humana y la destrucción de sus hábitats originales, terminan entrando en contacto más cercano con las personas e incluso se convierten en alimento humano.

Desafortunadamente, la reversión de la destrucción ambiental a escala planetaria parece estar lejos de convertirse en una realidad. Así parece que los miedos globales causados por las pandemias continuarán existiendo. La presencia de élites políticas y económicas irresponsables en cuanto a la suerte del planeta también nos lleva a la misma conclusión.



GUSTAVO LINS RIBEIRO es profesor titular en el Departamento de Estudios Culturales de la Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Lerma (México) e Investigador Nacional Nivel III del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT - México).